

Carson McCullers

El corazón es un cazador solitario



Escrita con tan solo veintitrés años, *El corazón es un cazador solitario* (*The Heart Is a Lonely Hunter*, 1940) fue la primera novela de Carson McCullers y dio a conocer la magnitud de su talento. Centrada en el ambiente de una pequeña ciudad sureña y en un grupo de personas que —en torno a la figura emblemática del sordomudo John Singer, el personaje más conseguido de esta genial autora— tienen en común la esencial soledad, su marginalidad y el rechazo de una sociedad que les ignora, *El corazón es un cazador solitario* es ya un clásico de la narrativa contemporánea.

Leyendo *El corazón es un cazador solitario* el lector no puede evitar implicarse con cada uno de sus personajes y vibra ante la experiencia de seguir a Carson McCullers en su viaje por las profundidades del alma humana. Esta pieza maestra justifica sobradamente las palabras que Graham Greene escribió acerca de su autora: «Carson McCullers y quizá William Faulkner son, tras la muerte de D. H. Lawrence, los únicos escritores con una sensibilidad poética original. Prefiero Carson McCullers a William Faulkner porque escribe de modo más claro; la prefiero a D. H. Lawrence porque no tiene mensaje».

## LA VOCACIÓN DESATADA DE CARSON McCULLERS

Asombra pensar que Carson McCullers escribiera a los veintitrés años una novela de la importancia de *El corazón es un cazador solitario*. Algo de niña prodigio debía de tener esta escritora sureña que queriendo ser pianista ingresó a tan pronta edad en la lista de los novelistas más relevantes de la literatura norteamericana. Algo de visionaria también, porque es asombroso cómo centrándose y concentrándose en una historia local, que se desarrolla en un barrio de una ciudad industrial de Georgia de la que no se cita el nombre, sin casi describir más de tres escenarios y alrededor de seis personajes que son los que marcan el sentido del relato, McCullers narró lo que en esos momentos agitaba el mundo.

La historia procede de un esbozo, *El mudo*, que Carson escribió para presentarla al concurso de primeras novelas de Houghton Mifflin. No obtuvo el premio pero le ofrecieron un contrato y eso la animó a seguir con el proyecto. El tema que vertebra el libro, según palabras que contó la escritora entonces, es «la rebelión del hombre contra su propio aislamiento interior y su necesidad de expresarse tan plenamente como le sea posible». John Singer, el personaje central, un hombre sordo que perdió la capacidad de hablar pero no la de escuchar, se convierte en una suerte de ángel en el que unos seres deseosos de compartir su desesperación y sus anhelos depositan toda su confianza. Singer convivía con un muchacho con problemas mentales, el

griego Antonapoulous, al que la familia ingresa en una institución psiquiátrica en Chicago. Aunque nunca se le pone nombre a la naturaleza de la relación que existe entre ellos intuimos que es amor, por lo desdichado que se siente Singer al verse privado de la compañía del amigo. Siempre tendrá presente a su compañero, en realidad, es en él en quien piensa todo el tiempo, pero convencido de que no es bueno entregarse a la soledad decide hospedarse en casa del joyero Kelly y allí empezará a recibir, como si fuera un confesor en el que confían los corazones solitarios, a los personajes centrales de esta novela construida como un puzle en el que el lector va encajando las piezas; las que faltan, son las que provocan el misterio, porque la prosa de McCullers es rica en incógnitas que nos dejan un efecto desasosegante. Al amparo del mudo Singer acude Mick Kelly, una adolescente que se obsesiona con este huésped de sus padres, que se sienta en el cuarto del hombre a escuchar la radio, a mirarlo, a contarle sus historias de chica lista, callejera y soñadora; Jake Blount, obrero que en sus delirios alcohólicos sueña con una revolución que acabe tanto con la injusticia como con su desorden interior; Briff Brannon, dueño del café Nueva York, amigo generoso de los inadaptados, él a su vez un alma solitaria que necesita descargar la pesadumbre de una vida infeliz, y el doctor Copeland, negro, un espíritu idealista que vive atormentado por la postergación de los suyos, clama contra la docilidad de los mal tratados y planea marchas hacia Washington, algo que no ocurriría en la realidad hasta que el doctor King la liderara en 1963.

Todos ellos suben la escalera que los lleva hasta el cuarto del mudo Singer para contarle sus tormentos. Es una escalera que de alguna manera representa el camino hacia un terreno espiritual en el que el visitante puede contar aquello para lo que nadie suele prestar oídos. Y Singer escucha,

escucha con su mirada un tanto inexpresiva y las manos metidas en los bolsillos, anotando a veces algo en un papel si es que ha de responderles a una pregunta puntual. Se diría que su silencio y su gesto de enigmática bondad es justo lo que provoca que los otros se sumerjan en un estado de confesión que genera con el tiempo una extraña dependencia de su compañía. No deja de ser chocante que alguien amante de la música y poseedora de un lenguaje poético sobrecogedor como McCullers eligiera como personaje central a un sordo, a alguien que no puede responder a quien lo interpela, pero en quien el prójimo encuentra al mejor amigo que pueda existir. Cada uno ve en Singer lo que busca, ésta es la virtud de tan milagroso personaje.

Si encuentro un halo visionario en la prosa de McCullers es debido a que los discursos enardecidos de sus personajes, discursos porque en ocasiones hablan como si estuvieran ante un público que no ven, poseen una enorme cualidad política, están empapados del espíritu de su tiempo. La escritora, que se había criado en la espesura y crueldad del sur, observa cómo interactúan los negros, siempre pobres, con los blancos, que a veces son pobres pero tienen al menos la superioridad que la raza les ha proporcionado: el obrero blanco, Blount, levanta el puño contra la injusticia pero no es capaz de ver el drama de los segregados, de los descendientes de esclavos; por su parte, el doctor Copeland elabora un discurso moderno, un discurso de los últimos tiempos de Martin Luther King, cuando éste asumió que no habría emancipación para los negros mientras no marcharan junto a los hermanos de otras razas que también sufrían exclusión social a causa de la pobreza. Copeland ama a Marx por encima de una religión a la que culpa en parte del conformismo de su pueblo, exhorta a los parias de la Tierra a unir sus voces porque no encuentra otra manera posible de superar el horror, aunque la realidad le recuerde tozuda una y otra vez, en la piel de sus hijos y en la

suya propia, que no hay desgracia más grande en Estados Unidos que haber nacido negro.

Todos reclaman justicia, dejan constancia de su insatisfacción legítima al pobre Singer, que los escucha sin entender demasiado su ira, y todos a su vez son egoístas y crueles. La autora asiste a sus arranques de violencia sin juzgarlos, hasta el punto de que el lector termina la novela sintiendo piedad por todos ellos, asumiendo que el desposeído está destinado, más aún si es inteligente, a perder los estribos.

Siento debilidad por la niña Mick Kelly, sospecho que también la sentía su creadora, por cuanto es una criatura sensible como para sentir intuitivamente la música de Mozart, pero también brutal, como lo son los niños cuando no saben discernir entre la broma y la burla cruel, entre la reprimenda merecida y la tortura. Mick ama a su hermano, el pequeño George, pero ante un mal comportamiento de éste se recrea de tal manera en la reprimenda que empuja al niño al ingreso precipitado y traumático en la vida adulta. No están exentos los personajes de amor, en absoluto, se quieren, se protegen, y a un tiempo no paran de reprocharse asuntos del pasado que no están dispuestos a olvidar. Es una novela enmarcada en lo que se denominó el gótico suroccidental, pero mientras que para la crítica norteamericana y tal vez para una parte del público de los compatriotas de McCullers hay un exceso de elementos que pueden resultar excesivos y morbosos, para nosotros, habitantes del sur de Europa, esa «naturaleza más bien romántica y emocional», como la denominaría Tennessee Williams, entra dentro de lo habitual en las relaciones humanas, tanto es así que, al menos en mi caso, siento como más remotas las personalidades contenidas de los personajes de las novelas del norte.

Williams, amigo y coautor con McCullers de la versión teatral de *Reflejos en un ojo dorado*, señaló en el esclarecedor epílogo a esa obra que las historias de la autora poseen un gran componente simbólico, grotesco y violento,

porque «un libro es corto y la vida de un hombre, larga». Y es así como entiendo *El corazón es un cazador solitario*, como un concentrado explosivo de pasiones, una novela que bajo una apariencia de claridad, de trazo minucioso y realista, nos sacude desde la primera línea, «en la ciudad había dos mudos, y siempre estaban juntos», desde la que comenzamos a seguir los pasos de dos hombres que se aman no sabemos ni por qué ni de qué manera. La autora cuenta lo que pasa, se detiene en el lenguaje de las estaciones, en los olores, en los cambios de luz, y en esas notas de corte sensual presentimos un quiebro trágico, un desencadenamiento de la violencia, un oscuro clima sexual que no llega a desatarse pero que siempre está ahí, acechando.

Los personajes principales no alcanzarían el nivel de intensidad si no fuera por los secundarios, Portia la criada, High-boy, Karl Marx (así bautiza el doctor Copeland a un hijo suyo), Bubber, el señor Kelly, Harry el judío, Bill, Hazel, Etta o la pequeña Baby Wilson, que está siendo criada por su madre para que se convierta en una estrella de cine. Niños la mayoría de ellos en los que vemos retratado de manera sutil pero implacable un mundo que les ofrece un futuro pobre e incierto. La novela se publicó en 1940 y los personajes son producto o víctimas de su época. Hasta el oído de los niños llegan los ecos de la amenaza hitleriana, de un mundo convulso al otro lado del océano, del indefinido paraíso marxista y de la figura temible de Stalin. Están perfectamente enmarcados en su tiempo, finales de los años treinta, pero los sentimos en el más absoluto presente.

Casi ochenta años más tarde de la publicación de la primera novela de McCullers podría surgir otra escritora en el Sur que narrara una historia de igual naturaleza. Los esclavos ya no serían los abuelos sino los tatarabuelos y los negros ha-

brían asistido a la elección del primer presidente negro de Estados Unidos, no habría una legislación segregacionista, pero existiría de hecho esa segregación en virtud de la pobreza y la exclusión social que siguen sufriendo los afroamericanos más que ningún otro grupo social del país. Los blancos pobres podrían estar representados de igual manera que en la obra de McCullers, como víctimas pero a su vez defensores del privilegio de raza. Esos elementos que contenía aquella literatura del Sur, la de Faulkner, la de Flannery O'Connor o Eudora Welty seguirían vigentes: la narración apasionada, simbólica, brutal pero compasiva con los desposeídos, algo mórbida, de personajes que viven prisioneros de un destino del que no saben escabullirse.

La máxima inquietud que provoca *El corazón es un cazador solitario* es su sincronía con el presente, su estremecedor paralelismo. Es como si el mundo, tras haber experimentado un progreso beneficioso para los países occidentales en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, se empeñara en girar en este presente convulso en el sentido contrario. Tal cual lo contó una jovencísima escritora, de apenas veintitrés años, en su primera novela, con la misma perspicacia psicológica, sentido social, observación sensitiva, intuición sexual, con la misma apertura de mente podría escribirse otro «corazón solitario», pero para eso hay que tener un talento inmenso y una entrega absoluta a la literatura. Y eso no es fácil. Ni lo era entonces ni lo es ahora.

En estas páginas que fueron su deslumbrante estreno como novelista encontrará el lector la prueba fehaciente de una vocación desatada.

ELVIRA LINDO



*A Reeves McCullers  
y a Marguerite y Lamar Smith*

## PRIMERA PARTE

## 1

En la ciudad había dos mudos. Estaban siempre juntos. Cada mañana a primera hora salían de la casa en la que vivían y bajaban por la calle en dirección al trabajo, cogidos del brazo. Los dos amigos eran muy diferentes. El que siempre encabezaba la marcha era un griego obeso y soñador. En verano llevaba un polo amarillo o verde chapucemente embutido en los pantalones por delante y suelto por detrás. Cuando hacía frío, se echaba encima un informe jersey gris. Tenía la cara redonda y grasienta, de párpados semicerrados y labios que se curvaban en una blanda y estúpida sonrisa. El otro mudo era alto, y en sus ojos brillaba una expresión vivaz, inteligente. Vestía siempre de forma inmaculada y sobria.

Cada mañana los dos amigos caminaban silenciosamente juntos hasta alcanzar la calle principal de la ciudad. Cuando llegaban ante una determinada tienda de frutas y bombones se detenían un momento en la acera. El griego, Spiros Antonapoulos, trabajaba para su primo, el propietario de la frutería. Su trabajo consistía en hacer bombones y dulces, desembalar las frutas y mantener limpia la tienda. El mudo delgado, John Singer, casi siempre ponía su mano en el brazo de su amigo y le miraba durante un segundo antes de separarse de él. Después de esta despedida, Singer cruzaba la calle y se dirigía, solo, a la joyería donde trabajaba como grabador de vajilla de plata.

A última hora de la tarde los amigos se volvían a encontrar. Singer regresaba a la frutería y esperaba hasta que Antonapoulos estaba listo para volver a casa. El griego estaba quizá desembalando perezosamente una caja de melocotones o melones, o leyendo la tira cómica del periódico en la

cocina situada en la trastienda, donde preparaba sus golosinas. Antes de marchar, Antonapoulos abría siempre una bolsa de papel que durante el día tenía escondida en uno de los estantes de la cocina. La bolsa contenía diversos bocados que el griego había recogido: una fruta, muestras de chocolate, o la parte final de un embutido de hígado. Generalmente, antes de salir, Antonapoulos se acercaba con toneándose suavemente al escaparate de la tienda donde se guardaban las carnes y los quesos. Abría el cristal de la parte trasera del escaparate y su regordeta mano palpaba amorosamente en busca de algún bocado exquisito que había llamado su atención. A veces, su primo, el propietario del negocio, no lo veía. Pero si se daba cuenta, miraba a su primo con expresión de advertencia en su tenso y pálido rostro. Entonces, con tristeza, Antonapoulos, se limitaba a cambiar de lugar el bocado en cuestión. En tales ocasiones, Singer adoptaba una postura muy envarada, con las manos en los bolsillos, y miraba en otra dirección. No le gustaba ser testigo de estas escenas entre los dos griegos. Porque, exceptuando la bebida y cierto placer secreto y solitario, a Antonapoulos lo que más le gustaba en el mundo era comer.

Al atardecer, los dos mudos regresaban juntos lentamente al hogar. En casa, Singer no dejaba de hablarle a Antonapoulos. Sus manos formaban rápidas secuencias de palabras. En su cara había ansiedad, y sus ojos, de un tono gris verdoso, centelleaban. Con aquellas delgadas pero fuertes manos le contaba a Antonapoulos todo lo ocurrido durante el día.

Antonapoulos se recostaba perezosamente en su silla y miraba a Singer. Era muy raro que se decidiera a mover las manos para hablar... y, cuando lo hacía, era para decir que deseaba comer o beber o dormir. Estas tres cosas las decía siempre con los mismos gestos vagos, torpes. Por la noche, si no se encontraba demasiado bebido, se arrodillaba antes de acostarse y rezaba durante un rato. Sus regordetas ma-

nos formaban las palabras «Bendito Jesús», o «Dios», o «Amada María». Estas eran las únicas palabras que Antonapoulos decía. Singer nunca sabía hasta qué punto su amigo comprendía todas las cosas que él le contaba. Pero esto carecía de importancia.

Los dos hombres compartían la primera planta de una casita situada cerca del barrio comercial de la ciudad. Había en ella dos habitaciones. En el hornillo de petróleo de la cocina, Antonapoulos preparaba todas sus comidas. Había sillas rectas, sencillas, de cocina, para Singer y un sofá demasiado relleno para Antonapoulos. El dormitorio estaba amueblado principalmente con una gran cama doble, cubierta con un edredón confortable para el voluminoso griego, y un estrecho catre de hierro, para Singer.

Tardaban mucho en cenar, porque a Antonapoulos le encantaba comer, y era muy lento. Después de la cena, el voluminoso griego se recostaba en su sofá y lentamente se relamía cada uno de los dientes con la lengua, bien fuera por cierta delicadeza o porque no deseaba perder el sabor de la comida..., mientras, Singer lavaba los platos.

En ocasiones, los mudos jugaban al ajedrez por la noche. Singer siempre había disfrutado mucho con este juego, y años atrás había intentado enseñárselo a Antonapoulos. Al principio su amigo no logró interesarse en las razones por las que se mueven las piezas en el tablero. Más tarde Singer empezó a guardar una botella de algo bueno debajo de la mesa para tomar después de cada lección. El griego nunca consiguió comprender los movimientos extravagantes de los alfiles y la movilidad arrolladora de las damas, pero aprendió a efectuar algunas jugadas de apertura corrientes. Prefería las piezas blancas y no jugaba si le tocaban las negras. Después de los primeros movimientos, Singer proseguía el juego solo mientras su amigo observaba soñolientamente. Si Singer realizaba brillantes ataques contra sus propias piezas de modo que al final el rey negro

recibía jaque mate, Antonapoulos se sentía siempre orgulloso y encantado.

Los dos mudos no tenían más amigos y, excepto cuando se hallaban en su trabajo, siempre estaban juntos, y solos. Todos los días eran iguales para ellos, porque estaban tan solos que nada les estorbaba. Una vez por semana acudían a la biblioteca para que Singer retirara una novela de misterio, y el viernes por la noche iban al cine. El día de paga iban siempre a un fotógrafo de diez centavos situado encima del Almacén del Ejército y la Marina para que Antonapoulos pudiera fotografiarse. Estos eran los únicos lugares a los que acudían con regularidad. Había muchos sectores de la ciudad que jamás habían visto.

La ciudad estaba enclavada en pleno Sur. Los veranos eran largos y los meses de frío invernal, escasos. Casi siempre el cielo ofrecía un aspecto azul, cristalino, y el sol ardía con un resplandor desenfrenado. Más tarde venían las lluvias suaves, frías de noviembre, y quizá después las heladas, y unos cortos meses de frío. Los inviernos eran variables, pero los veranos eran siempre abrasadores. La ciudad era bastante grande. En la calle principal había varias manzanas de tiendas de dos o tres pisos y oficinas comerciales. Pero los mayores edificios de la ciudad eran las fábricas, que daban empleo a un alto porcentaje de la población. Eran hilanderías muy grandes y florecientes, aunque la mayor parte de los obreros de la ciudad eran muy pobres. Con frecuencia podía observarse en las caras de la gente que caminaba por la calle una desesperada expresión de hambre y de soledad.

Pero los dos mudos no sufrían la soledad. En casa se sentían contentos de comer y beber, y Singer no dejaba de hablar ansiosamente con las manos a su amigo sobre todo lo que le pasaba por la mente. De modo que los años pasaron de esta tranquila manera hasta que Singer llegó a la edad de treinta y dos años, después de diez de vivir con Antonapoulos en la ciudad.

Entonces, un día el griego cayó enfermo. Se incorporó en la cama con las manos sobre su voluminosa barriga, y gruesas y aceitosas lágrimas rodaron por sus mejillas. Singer fue a ver al primo de su amigo, el dueño de la frutería, y arregló también las cosas para poder faltar a su propio trabajo. El médico prescribió una dieta para Antonapoulos, y le dijo que no podría beber vino nunca más. Singer hizo cumplir rígidamente las órdenes del doctor. Durante todo el día se mantenía sentado junto a la cama de su amigo y hacía todo lo que podía para que el tiempo pasara rápidamente, pero Antonapoulos no hacía más que mirarle con irritación por el rabllo del ojo, y no parecía nada satisfecho.

El griego se mostraba muy quejumbroso y no dejaba de encontrar defectos a los zumos de frutas y comida que le preparaba Singer. Constantemente le pedía a su amigo que le ayudara a bajar de la cama para poder rezar. Sus enormes nalgas se desplomaban sobre sus regordetes piececillos al arrodillarse. Describía con las manos las palabras «Amada María», y luego cogía la crucecita de latón que llevaba al cuello pendiente de un sucio trozo de cordel. Sus grandes ojos subían hacia el techo con una expresión de temor en ellos, y después se mostraba muy malhumorado y no dejaba a su amigo que hablara con él.

Singer era paciente y hacía todo lo que estaba en su mano. Hacía dibujitos y en una ocasión dibujó el retrato de su amigo para divertirle. El retrato hirió los sentimientos del griego, que se mostró ofendido hasta que su amigo retocó el dibujo haciéndole parecer más joven y guapo, coloreándole el pecho de amarillo brillante y los ojos de azul porcelana. Entonces trató de no delatar su agrado.

Singer cuidó a su amigo tan cariñosamente que al cabo de una semana Antonapoulos pudo volver a su trabajo. Pero a partir de aquel momento algo cambió en su manera de vivir. Y empezaron los problemas para los dos amigos.

Antonapoulos ya no volvió a ponerse enfermo, pero en él se había producido un cambio. Se mostraba irritable y no